

LA ÚLTIMA LECCIÓN DE LEONARDO DA VINCI (1)

EN LA ACADEMIA DE MILÁN (1499)

¿Queréis oír, en un discurso de despedida, el espíritu de mi enseñanza? También lo deseo yo, aunque mi alma esté más triste que el día en que se produjo, sobre el muro del refectorio, el maleficio del aceite. ¡Ah! los edificios del Bramante abandonados. . . El duque ha perdido su Estado, sus bienes, la libertad. . . y nada de lo que ha emprendido ha llegado a su término. . .

La paciencia nos defiende contra las injurias de la suerte, como las ropas nos defienden del frío. Así como aumentamos nuestras ropas, si el frío aumenta, más debemos armarnos de paciencia ante las grandes injurias de la vida, a fin de que nuestra alma no sea atacada. E interrogamos la experiencia, el más amargo y el más seguro de los oráculos. En medio de las maquinaciones, de las perversidades y de las batallas que constituyen las costumbres comunes a las repúblicas como a los principados, el oficio del *condottiere* es tomar partido por una fortuna de podestá. Observad a los monjes: viven en paz con los Turcos siempre que éstos les dejen cantar sus oficios. Igualmente pacíficos deben ser los artistas, en tanto que se les deje realizar su obra.

¡Qué! nuestra mano que tanto ha penado para manejar con

(1) Estas *Memorabilias* del más grande de los artistas, sacadas de las cinco mil páginas de sus manuscritos, y piadosamente traducidas y coordinadas, representan su estética y se agregarían útilmente al *Tratado de la pintura*, puramente técnico.

delicadeza el pincel, ha de empuñar la pica de diez y seis pies! Después de haber pulido nuestro espíritu hasta convertirlo en un espejo en que se refleja la obra de Dios, hemos de ofrecer nuestras cabezas a las bombardas! El sacerdote que se mezcla a la agitación de los municipios compromete su prestigio: el pintor debe ignorar si hay blancos y negros, si no es en su paleta.

El muy vivo interés de la conservación se lo aconseja, lo mismo que la infinita dignidad del Arte, que, como el sol, irradia para todos los ojos y encanta tanto a los Pisanos como a los Florentinos, a los Güelfos como a los Guibelinos. No basta con que nos lavemos las manos de los acontecimientos de la ciudad; debemos profesar el más grande respeto por las Santas Escrituras, primero porque son la verdad y luego porque el artista, que sigue las doctrinas heréticas y sediciosas, aleja de sus obras a las gentes que son los contradictores de su palabra.

El Arte no tendrá enemigos y no será desconocido por nadie, si el artista se aplica exclusivamente a su obra. En efecto, el Arte representa para todos placer y verdadero provecho moral: cura de la original grosería. Tenedlo por cierto: los hombres nacen bestias, ¡y cuántos mueren después de no haber sido más que sacos por los que pasó el alimento!

El hombre nace malo, pero comprende muy pronto su interés en ser sensato. ¡Cuántos sacarían su puñal sobre sus rivales y tomarían al vecino lo que a ellos les falta, sin el temor del puñal de los demás y de las leyes!

Para nosotros el peculio no es el fin, y nuestra función bien vale la de los monjes. Venden pública y libremente las gracias divinas, sin permiso del patrón celestial y pagan lo que desean en monedas invisibles, impalpables. Nosotros los pintores hacemos visibles a Dios y a la Madona; se les ve sobre nuestras telas, como si se aparecieran. ¿Qué sermón evangelizará a mayor número de personas y durante mayor tiempo más que mi *Cana* de Santa María de las Gracias, siempre tan persuasiva?

Cuando la religión sea rechazada como una traba a la furia de los vicios, mi fresco recordará hasta a los hombres más perversos el poder de Dios! Y si abominables seres asaltarán las iglesias, serán detenidos, si no por el espanto de su propio

sacrilegio, por la belleza y la perfección de las pinturas sagradas.

Nuestro arte explica los misterios y hace simples y sensibles los dogmas oscuros. El teólogo no acaba de explicar la Virgen-Madre. Si nosotros la pintamos, todo el mundo la comprende y la honra. Y sin embargo, ninguno de nuestra corporación ha sido canonizado, ni siquiera Fra Angélico.

El amor nace del conocimiento; y cuanto más profundo es éste, más crece el amor. Sin embargo, el artista, sin cesar ocupado en contemplar la Creación, hace al Creador un perpetuo homenaje. ¿Dónde buscar a Dios sino en el hombre, su obra, y cuál oración más perfecta que el dibujo que se esfuerza en analizar y reproducir la imagen de Dios? Quien contempla el orden admirable de la naturaleza y el arte maravilloso de la construcción que revela el cuerpo humano, conoce verdaderamente el autor de toda vida y le ama como debe, pensando que el cuerpo no es nada ante el alma que habita tal arquitectura y que, pura o pecadora, es una cosa divina.

Un cuadro hermoso alaba al Soberano Artista, porque fuerza a contemplar un efecto de su poder. Sin nosotros, los simples no comprenderían los dogmas: damos un cuerpo a los espíritus y mostramos al hombre los ángeles vivos y sonrientes.

Dos movimientos, el instinto y el deseo, obran en nosotros como motores: de uno no somos libres. Es imprescindible comer y dormir y vestirse. ¿Pero no es indigno ocupar su espíritu con los acontecimientos de su vientre? Y, cuando se está lleno, ¿buscar esta especie de muerte que es el sueño, o poner su gloria en salir a la calle con una pierna vestida de rojo y la otra de verde, según la moda, siempre absurda? El deseo noble es espiritual sólo le satisfacen la virtud y la ciencia.

El deseo de la belleza nos separa, por ejemplo, de la lujuria que bestializa a tantos individuos. Quien conserva en su memoria las bellas desnudeces del arte se alejará más bien de las cortesanas porque no encontrará sobre ellas la perfección viviente en su pensamiento. Los cuadros no corrompen las costumbres: más bien las sanan.

Florenia, ciudad demagógica, no merece los hermosos talentos que ha producido, porque considera la pintura como un oficio, porque el artista en Florenia recibe un salario. ¿Los

sacerdotes no viven del altar, es decir, de la verdad que interpretan a la muchedumbre? Legítimamente vivimos de la belleza, porque sin nuestra interpretación pocos la conocerían. Malos sacerdotes pasan por excelentes. En nosotros la hipocresía es imposible. Se ve que un cuadro es malo. Por lo demás, estimad el número de los religiosos: hay mil para un pintor.

No terminaría yo nunca si quisiera hacer la apología del arte. Posee el atributo divino: crea, hace visible lo invisible y permanentes las cosas más fugaces. La dulce sonrisa de una boca de mujer que encantó toda la vida del Dante, podemos mostrarla a todos y durante siglos. Lo que no tiene más que un instante en la realidad, lo prolongamos más lejos que la longevidad de los patriarcas. En arte somos dueños del tiempo.

La diversidad de las lenguas, Babel perpetua, impide a los hombres comprenderse. El húngaro, el esclavón no entienden el Padrenuestro dicho en toscano. La pintura, lengua de los ojos común a todos, es comprendida por el Gran Turco como por el Lombardo. Si fuerza al niño y se le hace llorar para que aprenda a leer. Si le mostráis un dibujo lee la imagen sin estudio. La escultura no participa de esta claridad de expresión, con excepción del bajorrelieve; privada del color, del juego de la luz y de la sombra, la escultura representa las creaciones del cuerpo más que las del alma.

En las cabezas antiguas predomina un carácter uniforme; todas las diosas se parecen, son bellas con igual belleza, jóvenes con idéntica juventud. Nuestras Madonas son personas y no un solo tipo y presentan rasgos variados. La antigüedad ha reproducido la belleza del cuerpo de una manera insuperable. Pero desde que un hombre murió en Oriente y el Occidente le llora cada viernes, una belleza nueva apareció con la nueva verdad. Un alma ha triunfado del mundo por su sola belleza. Sólo se concebía la violencia de las pasiones o la serenidad de los dioses; vino un Dios que llora y pasiones dulces. Gran maravilla de la que nació un arte nuevo que rivaliza con el antiguo. El campanile del Giotto vence al obelisco. Madre de las Artes, la arquitectura las engendra, pero la pintura, su hija incomparable, se desprende del monumento para convertirse a

su vez en monumento, sin que se piense nunca en la escasez de su espacio material si ella es rica en expresión.

Si se os dijera: "Vuelve los ojos hacia ese espejo y en él contemplarás, a tu agrado, figuras celestes o grotescas; escoge lo que quieres ver: ángeles u hombres, princesas o campesinas, la cabeza de Bramante o la de un idiota". Pudo, a mi gusto, representar a Isabel de Este o a una guardadora de gansos, al duque Ludovico o a su palafrenero. Sólo las figuras supereminentes merecen el honor del arte.

Algunos de vosotros me habéis acompañado al Borghetto cuando yo buscaba los rasgos de Judas. Conocéis mis cuadernos llenos de grotescos y os extrañábais de mi preocupación — porque lo feo es siempre fácil de hacer. Pero por vil que haya sido el vendedor de su Dios, había que hacerlo aceptable entre los discípulos todos hermosos como conviene a almas asociadas por el pensamiento celeste. Un santo ha certificado la fealdad de Jesús: "Por humildad, dijo, el Redentor quiso parecer el más feo de los mortales". ¡Qué estupidez episcopal! Por la ley del Muy Alto, el cuerpo es la obra del alma; forma ella misma su envoltura, martilla del interior al exterior, como el orfebre para producir los relieves. Me preguntaréis: ¿si Jesús era tan bello, cómo los Judíos, al verle, no fueron ganados por el respeto y el amor? ¡Ah! aquellos malos no tenían arte: su fe les prohibía representar por imágenes lo que está en los cielos o lo que está por debajo de la tierra. Sus ojos, ventanas del alma, estaban cerrados; no recibieron la luz de las formas. Sin el arte se ignora la belleza, porque sólo el arte la expresa. Los que son ignoraros, a semejanza de los Judíos, carecen siempre de bondad y de inteligencia creadora. Ved los sectarios de Mahoma, supersticiosos y feroces y verdaderos brutos: ignoran la pintura como los Judíos.

Se considera toda figura bajo tres relaciones: 1ª en su especie y sus proporciones: un hombre es el hombre; 2ª en sus pasiones y sus movimientos: un león furioso ruge o un caballero se esfuerza en dominar a su caballo; 3ª no se trata ya de un hombre, sino de tal hombre que piensa y hace cosas que él solo piensa y hace.

Hay, pues, tres grados en la pintura: la representación animal o típica, el movimiento pasional y el estado intelectual. Los

que se atienen a los dos primeros planos no alcanzan el fin del arte que es expresar la persona eterna. La vida y sus necesidades, la pasión y sus accesos son comunes al hombre y a las bestias. Como nosotros, las bestias se acoplan, cazan y luchan. Pero nosotros pensamos, y ellas no! Las bestias mueren y nosotros somos inmortales. Y la inmortalidad resulta de fenómenos desconocidos al animal y que, todos, son estados vivos o tranquilos del pensamiento.

Se hallan modelos para la realidad y la proporción de los cuerpos, y también para las bajas pasiones. El pueblo y la soldadesca ofrecen en todas partes los acentos brutales de la cólera y de la avidez; pero ¿dónde descubrir modelos de pensamiento y de inmortalidad, sino entre los reyes y los príncipes que, ya para conquistar, ya para conservar su poder, se ven forzados a un trabajo incesante de prudencia y de combinaciones audaces y muy secretas a la vez? Los que se elevaron por encima de sus conciudadanos por acciones o intrigas ofrecen de ordinario un carácter reflexivo que el ejercicio del mando hace aún más profundo: hay que estudiarlos. En cuanto a la canalla no la desdeño como elemento digno de observación; ¿pero quién pondría la dignidad del color en sus hocicos? Tanto valdría copiar el paisaje tal como se le encuentra. No hay un sitio que sirva de fondo conveniente a una figura, si en algo no se le modifica. Una gruta irá siempre bien con un oso y un lobo con un bosque y un buey con un prado; pero cuando se trata de encuadrar la noble figura humana, hay que componer. Puede ocurrir que el podestá sea feo a la manera de Sócrates por la irregularidad; pero lo mismo que un lugar se transfigura según el estado del cielo, lo mismo una cara, cualquiera que sea, se anima y se ennoblece por la profundidad de la inteligencia en ciertos momentos en que la individualidad se manifiesta. Para que un retrato se parezca hay que confesar al modelo, hablar de amor a una mujer y de batallas a un guerrero para despertar su alma. Haced los retratos de medio cuerpo: adquirirá así la fisonomía todo su valor. Comenzad por los ojos, y que sean activos y cargados de voluntad. Un hermoso retrato domina y fascina al espectador; aún mejor, que el artista mire por los ojos del personaje y dé así algo de su propia inteligencia a sus criaturas.

Ningún gesto, para no hacer a la figura alegórica. Os he mostrado que el modelo varía la expresión al infinito. La misma cabeza, como línea y proporción, pasa del ensueño al desdén, de la tristeza a la cólera, modificando las sombras alrededor de los ojos y de los labios. No os cuidéis de precisar la expresión. El enigma atrae al hombre y le retiene. Los sacerdotes tienen razón de oponerse a que se explique la religión. Si nuestros misterios cristianos fueran comprendidos habría en seguida que concebir otros: nuestro espíritu se alimenta de problemas.

La razón se ejerce cómoda y libremente en el dominio de la experiencia. Adquirir un conocimiento es siempre útil al intelecto, aunque sólo fuera para abandonar lo inútil y reservar lo que es bueno. Porque nada se puede amar u odiar sin conocer; y el deseo de conocimiento obra en el hombre, como un instinto superior.

El conocimiento del pasado y el estudio de la creación forman el ornamento y el alimento del espíritu humano. Se debe proceder de lo conocido a lo desconocido y el testimonio de los sentidos es el verdadero sentido de la verdad; pero la razón no puede abarcar lo infinito: el origen y el fin de las cosas sobrepasa el alcance de la mentalidad humana. Dejemos a los monjes y a los sacerdotes, que poseen todos los secretos por inspiración, explicar las palabras sagradas que son la verdad suprema, y contentémonos con hacer sentir lo infinito sin definirlo. Para operar este reflejo de infinito sobre una fisonomía, es necesario evitar los acentos pasionales y formar una máscara grave y sonriente a la vez, que atraiga y que domine, como una quimera que no fuera cruel, o una sirena que no quisiera probar al navegante o un ángel un poco irónico.

Estas cosas demasiado sutiles escapan a las palabras: me comprendéis, sin embargo, si digo que un rostro hermoso debe parecerse a una música de pensamientos armoniosos e indefinidos. Un aire nos parece triste o alegre, según la circunstancia que nos recuerda, y una fisonomía place a espectadores muy diferentes: ninguno ve en ella la misma cosa.

Unos han dicho que había yo concedido demasiado a la naturaleza humana del Salvador porque carece detrás de su cabeza del gran nimbo de oro tradicional; y otros que yo había

desenvuelto con demasía su naturaleza divina, porque Jesús acepta con resignación superhumana la traición de Judas. He obrado bien, puesto que los partidarios de una y otra naturaleza la encuentran en mi obra. El espectador busca sus propias tendencias en la obra que mira; el mismo artista reproduce invenciblemente su pensamiento propio y hasta su propia fisonomía: llega hasta dar a sus modelos sus defectos como sus cualidades.

Quien cree que el fin del Arte es reproducir la naturaleza, no pintará nada duradero: porque la naturaleza vive. Pero no tiene entendimiento. En la obra, el pensamiento debe compensar y reemplazar a la vida; en caso contrario, sólo se tendrá una obra corporal y sin alma. Será siempre más honroso concebir las figuras del cielo que en copiar las de la tierra y en pintar ángeles que hombres.

Los asuntos o temas espirituales son los únicos que merecen tentar a los verdaderos artistas, aunque no fuera más que por su dificultad. Lo que se desdeña en la realidad, se desdeña también en el arte. ¿Quién se atrevería a hacer un cuadro con los mendigos de la puerta de una iglesia, con las campesinas de un mercado, o representar un cuerpo de guardia o una taberna o un ghetto? Todo esto sirve para el estudio, y lo feo conviene para analizar lo bello: porque concebimos mejor una cosa por su contraria. En la obra la regla es la belleza, resultante de la triple perfección de la forma, del sentimiento y de la idea.

Se empieza por la belleza exterior, y puede uno felicitar-se de alcanzarla; después se hace aparecer el alma. Sería pueril pretender representar las pasiones antes de poseer todas las partes de la anatomía y el juego de cada miembro en las más diferentes actitudes. Pero el que sabe obrará diferentemente. Comenzará la obra en espíritu; en seguida se esforzará en descubrir el movimiento que corresponde a su idea; por último, dibujará el cuerpo de su personaje.

Si alguien quiere pintar un Cristo, y comienza por seguir a un modelo, jamás llegará a lo que se propone. He aquí cómo deberá proceder. Empezará por imaginarse, meditativamente y leyendo el Evangelio, al Hombre-Dios; y cuando una imagen brote en su espíritu, escogerá el suceso más apropiado para dar relieve a esa imagen, y determinará la fisonomía, la actitud y

todo lo que ha de servir de marco — personajes, paisajes — al Señor. Sólo entonces adoptará modelos, para fijar el movimiento, el drapeado, la iluminación y la perspectiva óptica. Pero inventará las cabezas principales, las cabezas que traduzcan el pensamiento. Y esta invención de los rostros constituye el punto más alto del genio y de la dificultad.

Una obra se compone, como un hombre, de cuerpo, alma y espíritu. Discípulos: comenzad científicamente por el cuerpo, que es lo conocido, empezará por la idea y le dará luego la expresión y la forma convenientes, para llegar luego al alma, que es lo desconocido. En cambio, un maestro empezará por la idea y le dará luego la expresión y la forma convenientes. No imitéis a los pintores del norte que, sin elevarse hasta el dominio del espíritu, sobresalen en la expresión de ciertos sentimientos — tales como la humildad y la verdadera piedad —, pero que copian la primera figura que encuentran y cubren de feas vestiduras a las almas hermosas.

Lo que se nos presenta en la calle, no es el hombre de noble y reposado continente y de adecuado traje, sino el de proporciones desmesuradas o de extravagante indumentaria.

En arte, el espectador gusta sobre todo de las exageraciones; su admiración procura ser sorprendida por algo anormal o desconocido; y la verdad es que en el camino que os he trazado no se logra el sufragio general. Los ojos del vulgo se complacen con los colores vivos y discordantes, yuxtapuestos con dureza: es éste un bárbaro error. Un cuadro ha de tener un color general dominante que mitigue los tonos particulares, como si la luz difundida sobre él fuese su color principal.

El dibujo tiene sólo un objeto: la apoteosis del cuerpo humano. Doy a esta palabra — *apoteosis* — su antiguo sentido, un sentido heroico. Y llevo a la grave cuestión del carácter de los sexos.

Los guerreros nunca serán excesivamente viriles, ni las cautivas serán demasiado gráciles y lánguidas. Pero ¿a qué sexo pertenecerán las figuras angélicas o alegóricas? Barba y senos son igualmente inadecuados para los espíritus puros; falta suavidad en el adolescente y sobra gracilidad en la virgen.

Si queréis dibujar un ángel teniendo por modelo un hombre, será preciso redondear los miembros, adelgazar las articulacio-

nes, flexibilizar los movimientos, feminizar el modelo. Si trabajáis observando a una mujer, reduciréis las carnaciones, atenuaréis las curvas, haréis viril a la figura. De ese modo, obtendréis del modelo masculino una niña, o del modelo femenino un joven. En ambos casos alcánzase un tercer estado del cuerpo humano, reuniendo la fuerza y la gracia, y por encima de la concupiscencia, porque este tercer estado de la forma humana no despierta, por lo que tiene de femenino, el deseo de los hombres, ni despierta tampoco el de los mujeres aunque posea muchos rasgos masculinos. Por lo demás, es ese el único medio de representar la belleza casta, propia de los mensajes celestes, de los genios y de otras manifestaciones espirituales.

A esta forma — que la naturaleza no conoce y que el genio del hombre inventó para encarnar lo invisible — agregad el carácter musical de la expresión y los efectos enigmáticos que produce el modelado, adecuadamente dispuesto para hacer resaltar la vida interior: y obtendréis verdaderas apariciones, sin nimbos, sin gloria, sin efectos de claroscuro.

El pintor triunfa al mostrar, por medio de la sola belleza, que una figura no pertenece a la tierra y que pronto volverá a elevarse al cielo, de donde ha descendido.

En los desnudos, la carne, por su masa luminosa, aleja del rostro la atención; del rostro, teatro incomparable de la expresión. Y es posible suavizar esa luz por una iluminación artificial. En lo que se refiere a la cabeza, hay que modelarla de dentro afuera. Si aceptáis el modelado de la luz exterior, renunciáis por lo mismo a la potencia y al encanto de la expresión. Aislad atrevidamente la cabeza de las influencias ambientes, para que sea un cuadro dentro del cuadro. El prejuicio de dividir en dos partes el semblante por la línea de la nariz y anegar en sombra uno de los lados, de nada vale. Ante todo, modelad expresivamente, y luego hallad un claroscuro que convenga a ese modelado.

Antes de pintar, fijad por entero la cabeza en aguada, especialmente la boca y los ojos, y llevadlos a los últimos extremos de la ejecución. Quien tiene ya los ojos, tiene la boca; quien tiene los ojos y la boca, tiene la cabeza; quien tiene la cabeza, tiene la figura toda, porque la cabeza manifiesta el pen-

samiento, privilegio inmortal del hombre. En lo que atañe al cuerpo, al drapeado, al fondo, todo es accesorio.

Hay pintores a quienes la naturaleza fascina y subyuga, pintores que sin juzgarla la reflejan, como un estanque refleja sus orillas. Un maestro no se deja llevar por ese vértigo; amante de la naturaleza, huye, sin embargo, de la servidumbre; no es Hércules que hila a los pies de Onfale, sino más bien Ulises que ante la hechicera Medea, la obliga a obedecer por la espada del razonamiento. X

El modelo, útil y peligroso a la vez, nos hace olvidar de nuestra concepción; y aquí no me refiero sino al desnudo. Aún en los retratos, tened cuidado con las modas de vuestra época: modas que cubrirán de ridículo vuestras obras ante los ojos de la posteridad. Cuidado también con las ideas de la época; el artista no trabaja para sus contemporáneos, ni para su patria, ni para los hombres de su raza. Es malo todo cuanto sea milanés, florentino, o de tal o cual año: se ha de pensar en la universalidad de los hombres y de los tiempos. Cuidad, por último, que las cabezas de un mismo pintor se parezcan, y que este aire de familia no atente contra la variedad de los personajes. Los siglos futuros se llenarán de fastidio al ver esas modas, esas maneras, esa apariencia de la cabeza que es como la mueca momentánea de una ciudad o una agrupación.

No imitéis a los que encajan sus propios gorros a los héroes, y los andrajos vistos en un puerto o en un barco, a los personajes de la Biblia. Porque aun cuando conociésemos la verdadera indumentaria de los apóstoles, no la copiaríamos: de lo contrario, resultarían pescadores del Tiberiades, tan insignificantes como los del Adriático. Mas lo que vemos nosotros en los apóstoles, es su apostolado y no su oficio primitivo, y debemos representarlos como pescadores de hombres, no de peces. Imagináos que hubiese yo copiado doce cabezas judías de los arrabales, bajo el pretexto de que los discípulos eran judíos, y las hubiese cubierto de turbantes y vestiduras como las que pueden verse en Venecia. ¡Qué risa, entonces! ¡Qué grotesco habría sido!

Diréis vosotros: ¿no queda, pues, más recurso que trajear a la moda antigua? ¿Por qué a la moda antigua? Yo nunca he trajeado sino a lo Leonardo: ¡yo mismo inventé los vestidos.

las capas con sus pliegues, todo, de acuerdo con las formas que iba pintando! No imitéis a los alemanes, con sus duros pliegues en ángulo recto, tan numerosos que el cuerpo desaparece y sólo deja ver una cabeza y dos manos que surgen de una ola de paños de veinte varas. Trabajad teniendo ante los ojos paños delgados, que iréis engrosando gradualmente para no perder de vista el cuerpo. Toda figura pintada debe ser capaz de despertar amor, ya sea la adoración — si es sacra —, sea la atracción — si es profana —. El arte se propone agradar al espíritu por medio de los sentidos. La resplandeciente juventud cansa pronto; pronto cansaría una obra que sólo poseyera ese atractivo. Las mujeres que ejercen un violento imperio, tienen más de artificio y de sutileza que de hermosura regular; no hay que contentarse, pues, con representar personajes nobles y bien proporcionados. La complejidad y la sutileza traen consigo la variedad en un mismo objeto.

Poca filosofía basta al pintor, si concibe claramente el fin de su arte. Cree que su instrucción está acabada cuando se dedica a imitar exactamente a la naturaleza e, ignorando la excelsa dignidad de su pincel, lo emplea como herramienta de un oficio en lugar de manejarlo poniéndolo al servicio de la belleza, como empuñaba el caballero su espada, al servicio de la justicia.

De la hermosura brotan, como de una fuente, los suaves placeres. El ojo transmite al alma la dulce impresión, y el alma la comunica al espíritu, dilatando nuestras facultades. Nacida de las proporciones, animada por una pasión viva y heroica, la Belleza alcanza su apogeo en el plano mental. Nuestra imaginación tiene más fuerza que nuestra sensibilidad; el espíritu conserva, mejor que el alma afectiva, lo que recibe.

¡Cuántas mujeres conmueven sucesivamente a un hombre, mientras éste permanece, hasta la vejez, fiel a los pensamientos de su adolescencia! Para que el Arte satisfaga al espíritu, es preciso que la obra manifieste la hermosura de la especie y también la del individuo; que en ella se aúnen la perfección, de esencia típica, y la variedad, que depende de lo individual. Cuanto mayor sea el número de particularidades que encerréis en proporciones perfectas, tanto más duradero será el aplauso que obtengáis. Es tan difícil expresar mi pensamiento como asir

una mariposa cuyas alas refulgen por el delicado polvo que las cubre y que se borra bajo la presión de los dedos.

La hermosura compleja es resultado de ambigüedad, casi de contradicciones. Imaginad una mujer demasiado altiva para que se atreva alguien a hablarle de amor, y que deje traslucir a la vez su impaciencia por ser amada.

Este sentimiento compuesto, esta expresión doble y mixta, debe estudiarse en la mujer: su indecisión, el fluctuante capricho de sus afectos, engendran esas miradas color de tiempo y esas sonrisas indefinibles, verdadera pedrería para el artista que sabe encuadrarse en nobles rasgos.

Así se producen esos resplandores del alma, de mágicos efectos, y que apasionan como perspectivas de felicidad. Una bacante, una monja, demasiado caracterizadas ambas, no excitan en absoluto la imaginación. El espectador reconoce inmediatamente su realidad y no se deja llevar por el ensueño. En cambio, lo que se necesita es que dude de su comprensión, para que su espíritu sobreexcitado rebose de comentarios. El hombre sólo ama profundamente lo imposible de captar y su deseo no enciende más que al choque de la contradicción. Los que dejan de ser devotos se entregan a las prácticas supersticiosas, aún a la magia, por su afán de lo desconocido; y el noble amor de la ciencia tiene sus fuentes en esta invencible inclinación de nuestra naturaleza a lo inexplicable. El amor a la verdad — el más noble movimiento de nuestro espíritu — cesaría inmediatamente si alcanzase su objeto. La búsqueda nos apasiona, ejercita nuestras facultades, aumenta en nosotros la vida superior. El hallazgo siempre nos desencanta. La dicha no pasa de ser un motivo de actividad, y si la halláramos no nos bastaría: nos embarcaríamos en nuevas búsquedas.

Mantenemos la vida física por medio de la nutrición. La vida espiritual halla en el arte su alimento, pues confirma éste en el hombre su principio de inmortalidad. Es lógico que el espíritu se parezca a la piedra-imán y que su fuerza aumente con el ejercicio de su propiedad. El honor del hombre se refleja en los cuidados que tributa a su espíritu; quien cultiva el entendimiento cultiva la virtud. Los lujuriosos, los irascibles, los avaros, no son hombres de meditación y de trabajo; siempre en acecho de las circunstancias favorables a sus estúpidas pa-

siones, mantienen el sobresalto en la ciudad y amenazan la paz de sus vecinos. Pero el que, para su mayor deleite, contempla la creación y se esfuerza por discernir sus leyes, es un buen ciudadano: se aleja de las disputas y es incapaz de envidia; asigna el más alto precio al enriquecer su mente (y lo único que en verdad poseemos, son nuestros pensamientos). ¡Ved quiénes son los realmente ricos! ¿No lo son los artistas, que prodigan para los demás hombres los tesoros de su visión y manifiestan la perfección de las cosas y atestiguan la mano todopoderosa del Gran Artista, cuya obra maestra somos nosotros, pues que tenemos la facultad, la divina facultad, de crear? No hay más auténtico nigromante, taumaturgo más verdadero que el pintor.

El pintor, a su voluntad, hace surgir a los personajes más antiguos y hasta al mismo Dios. Mucho más: ofrece todo un paisaje en una superficie plana, con sus vastas llanuras, sus altas montañas y sinuosos ríos, y al mismo tiempo al niño Jesús, con su madre y el cortejo de los reyes magos. Y no se trata de un fantasma flúido que brilla y al punto se desvanece: la aparición sobrevive al evocador.

Sólo el pintor evoca a los espíritus; a su voz acudían hasta las almas de los bienaventurados, tales como nosotros las concebimos.

En los asuntos sagrados hay que seguir la creencia común, porque esa creencia es ya una imagen producida por los fieles, e imposible de ser igualada por la reflexión de un solo hombre. La visita de la reina de Sabá a Salomón depende de la fantasía del artista.

Cuando una figura no existe ya en los espíritus cultivados con rasgos tradicionales y precisos, el artista se esforzará por representar con formas tan significativas que sus contemporáneos la asocien a los personajes tradicionales: es esa la más hermosa de las victorias. No expresando hecho histórico alguno, la imagen será manifestación de un alma.

Para crear una expresión seductora, ha de pensarse en la música y el instante de silencio que precede al anochecer. Si pintáis una mujer, hacedlo de modo que cuantos la vean anhelan — sin esperanzas — el ser amados por ella. Son éstos los únicos amores que no acaban con lágrimas, pues cuanto más

sentimiento hay en nuestros deseos, tanto más hay en ellos de martirio, de hondo martirio.

El pintor que halaga los instintos groseros desconoce la dignidad de su arte. Ciertos sacerdotes se desatan contra el estudio del desnudo y querrían que, por pudor, se ignorara el esplendor del cuerpo. El arte no puede ser sino como el hombre: no puede, sin empequeñecerse, renunciar a la gracia ni a la voluptuosidad. Todo nos llega por los sentidos: la honestidad consiste en templar el movimiento sensual por una atracción más elevada. Una mujer apetecible no será Venus, si carece del carácter — propio de las diosas — de intimidar el deseo de los mortales. Algunos representan a los ángeles como niños, como si su pureza procediera de la ignorancia. En mi sentir, se aumenta la dignidad de los ángeles si se logra que sus ojos inquieten al hombre por la superioridad de entendimiento. Empleados para designios celestiales, confidentes de los misterios, síntales mal la ingenuidad. Parecen buenos servidores que ignoran el hermoso oficio para el que se las utiliza y que lo desempeñan servilmente.

Nunca los antiguos procedieron con ligereza, y serias razones se precisan para apartarse de su ejemplo. Si su pintura — de la cual nada ha quedado — se parecía a su escultura, era entonces exclusivamente típica, pues sus estatuas más bellas están en actitud de descanso. Que vuestras figuras aisladas reflejen el sosiego. Haced entrar la actividad en la expresión: el espíritu siente mayor curiosidad por la sonrisa extraña que por la gesticulación violenta. Verdad es que se puede realizar obra llena de dramaticidad en torno a una batalla: yo mismo lo he demostrado, en Florencia, con el episodio de Anghiari; es, no obstante, un arte de segundo orden, superior a la representación animal pero inferior a los efectos espirituales. Por eso el pueblo juzga mal y no distingue la hermosura más excelsa; la realidad está más próxima a su naturaleza, sumamente limitada. Se me ha reprochado por ocuparme de asuntos muy diversos, extraños a mi arte. El pintor debe ser hombre universal y aprovechar la menor observación. ¡Cuán mezquina inteligencia la del que sólo se ocupa de su técnica! La obra se amplía o se empequeñece en la medida en que el cerebro del

pintor abraza un mayor o menor horizonte. Quien sólo ve en el mundo su modelo y su paleta, desciende al nivel del artesano: no se observa ya a sí mismo ni a los demás; la naturaleza no impresiona su espíritu sino sus ojos; no es más que ojo y mano de ignorante, sólo capaz de empuñar el pincel. Las ciencias son los soldados del arte; le sirven para expresar con rigor los rasgos más imperceptibles y fugaces del espíritu. La extensión y la seguridad del saber constituyen la base de una carrera. Una maravillosa armonía enlaza las cosas sagradas unas a otras, y el ojo del pintor obtiene del espectáculo de la vida los elementos de su arte. El agitarse del ala de un pájaro os dará el dibujo de un párpado, y la ola que muere sobre la arena enseña el movimiento de una sonrisa. En el cielo he descubierto reflejos aplicables a la mirada y las flores me enseñaron actitudes para las manos.

El pintor frecuentará a los hombres elevados por la fortuna. Sus planes ocultos, la costumbre de atreverse y vencer, la constante disimulación que les es necesaria, la preocupación perpetua de conservar el poder o aumentarlos: tales causas ponen en tensión los resortes internos de esos hombres, tornándolos en objeto admirable de estudio. ✕

Sus ojos imperiosos se nublan voluntariamente o lanzan rayos; en el consejo o en la acción adquieren expresiones verdaderamente adecuadas a la pintura, en tanto que el oscuro ciudadano, dedicado a ganar dinero, no merece nuestra atención: no ofrece nada de pictórico. Más fácil es inspirarse contemplando mujeres que hombres, porque las vemos con una involuntaria complacencia que tiene su razón oculta en las leyes de la naturaleza. Pintadlas con las rodillas unidas, los brazos próximos al cuerpo, la cabeza inclinada y levemente desviada a un costado; que no parezcan fáciles de conquistar ni trivialmente afables. De lo contrario, no atraerán al espectador, y no vale la pena trabajar por una imagen incapaz de agradar a quien la hallara viva. Tampoco es necesario que el espectador tenga la impresión familiar de haberse encontrado alguna vez con nuestra imagen o de conocer otras idénticas. Aún en presencia de un retrato, parientes y amigos deben asombrarse de lo que el pintor ha sabido ver en el modelo. Existe una facultad muy rara de penetrar hasta lo íntimo de los seres: la

única que permite la semejanza ideal, enteramente distinta de la exactitud de la mirada; obra de modo adivinatorio y explica lo desconocido por lo conocido, el ser interior por su exterioridad. Muchos viejos he dibujado, porque sus arrugas y deformaciones revelan sus pasiones y sufrimientos; recórrense en los pliegues de su piel las etapas de la vida, como si se examinara el plano de su destino cumplido. Al final de la vida, resalta la nariz del orgulloso, la calvicie descubre la frente del ambicioso, las mejillas hundidas revelan al avaro, y la exageración de los labios al glotón. Deprimid la frente, aplastad la nariz, y el individuo descenderá hasta la idiotez. Ensanchad los maxilares, adelgazad los labios; y obtendréis la ferocidad. Cada una de nuestras pasiones manifiesta especialmente un instinto animal, y las semejanzas bestiales desnudan, de un vistazo, el alma de los hombres. ¿Quién no ha observado cuánto hay de zorro en los leguleyos, cuánto de la falsa candidez del oso en los eclesiásticos, mientras que los hombres generosos pero desprovistos de grandes pensamientos se parecen al caballo? Nuestro *condottiere* tiene perfil de ave de rapiña, y el tipo común en el pueblo es el de perro o de carnero. ¿Cómo puede extrañarnos el hecho de poseer instintos, si nuestro organismo se asemeja en tantos detalles al animal? Pero la necesidad del trabajo impone al cuerpo humano un aspecto entristecedor: se reconoce el oficio de cada cual por el desarrollo o la atrofia de una u otra parte del cuerpo; también la moda deteriora nuestras formas. Los pies se deforman igualmente por la miseria y el lujo, por el fino calzado y el andar descalzo: es preciso entonces dibujarlos idealmente. Es preferible observar las mujeres de alto linaje y de buenas costumbres, que no las cortesanas. El ocio, el ensueño, la lectura de los poetas y la riqueza de los ascendientes, os garantizan que se trata de modelos dignos de estudiarse. Esforzáos por interesarlas, a fin de dar libre vuelo a su coquetería. Las mujeres honestas tienen a menudo mucha expresión, en tanto que las otras parecen como vacías. El deseo refrenado brilla en vergonzosos y secretos, al sacerdote, a quien todo eso de nada sirve, cuando esas mismas revelaciones serían de tan grande utilidad para el pintor?

Llevo siempre conmigo cuadernillos en que dibujo lo que me impresiona. Sin embargo, nunca he transportado ninguno

de mis croquis a una obra. Muy joven era yo cuando pinté uno de los ángeles en el *Bautismo de Cristo*, del maestro Andrés Verrochio, y ya había inventado una belleza que nadie vió hasta entonces. Mis cabezas no se me parecen a mí ni a mis amigos: son medallas de mi pensamiento, por lo cual interesarían siempre a cuantos piensen.

Evitad el carácter así como las modas de vuestra ciudad, y pensad en el futuro.

El pintor no es un historiador de las costumbres; representa al hombre, pero no a los milaneses o los florentinos. Demasiado es ya el aire de parentesco que tienen siempre los más distintos personajes del mismo artista.

Las pasiones violentas, las acciones dramáticas, impresionan más bien a la sensibilidad que a la imaginación. En cambio, si el personaje no se representa más que a sí mismo, sin acción, sin atributo, irrita el espíritu del espectador; sabido es que el hombre desprecia lo que comprende. Las formas han de ser siempre armoniosas y como las fijaron los antiguos. Después de ellos, nosotros, los modernos, nada podemos inventar, como no sea en la expresión. Y para descubrir su teoría, sigamos el camino de las ciencias: la experiencia. En los dichos instantes en que contemplamos un paisaje magnífico iluminado por el sol, o cuando oímos suave música, o cuando una persona de nuestro amor nos tiende la mano, no sabemos cómo traducir nuestra alegría: la llamamos indecible, inexpresable, inefable, intraducible. ¡Y bien! Os propongo decir lo indecible, expresar lo inexpresable, realizar lo inefable y traducir lo intraducible. Todas esas cosas están mucho más allá de las proporciones, y su pintura sobrepasa la representación plástica: es una creación espiritual y que por ello atraerá al espíritu. Tales imágenes inspirarán la misma alegría que un rostro amado. Pero el rostro renueva sin cesar su acento, y la imagen pintada, no. La complejidad de la expresión compensará, pues, la sucesión tan variada de los juegos de la fisonomía. Ved cómo procedo yo en este género de arte, en que no he tenido precursor. Hago varios dibujos de la misma cabeza, unos muy afectuosos, otros irónicos, éstos llenos de languidez, aquéllos rebosantes de vivacidad; y después de estas versiones del mismo texto, tomando un matiz de aquí y otro de allá, compongo un rostro tan

enigmático que cada cual ve en él lo que quiere ver, sin que, no obstante, se equivoque del todo acerca de lo que yo he puesto en el cuadro, pues mi intento era tramar la expresión con los más variados hilos. Así como mezclando varios perfumes se obtiene uno nuevo, así mezcló yo acentos muy diversos que llegan a formar un encanto complejo que no fatiga al espectador, pues este último nunca sabe con certeza si lo que él cree ver está realmente en la obra.

En semejante arte, la imagen subyuga al espectador por el poder de la mirada e inquieta su espíritu por un efecto simultáneo de benevolencia y desdén, igualmente distribuido entre los ojos y los labios. Hay mayor gloria en trabajar de esta manera, que en trasladar al lienzo las pasiones, porque los movimientos de las ideas son más sutiles.

Bien sé que no soy yo hombre de letras y que hay presuntuosos que se creen autorizados para reprocharme el no disertar con estilo de sabio humanista. ¡Mentecatos! Podría responderles como Mario a los patricios romanos: "Los que se envanecen con el trabajo ajeno se niegan a reconocer el fruto de mi propia labor". Dirán que no siendo yo profesional de las letras no debo exponer teoría alguna. Ignoran que el objeto de que me ocupo procede de la experiencia y no de las palabras. Cuantos han escrito bien, no tuvieron otra musa que la experiencia: la experiencia es mi guía. Si me desdeñan a mí, que soy un creador, les diré que ellos son sólo recitadores de la antigüedad. El creador es un intermediario entre la naturaleza y el hombre, mientras los declamadores se parecen a los espejos, que no existen por sí mismos y a los que únicamente se mira por lo que reflejan. Y si no sé justificar con citas mis descubrimientos, invocaré una autoridad más alta: la experiencia, maestra de los maestros.

Nada puede amarse ni odiarse sino por el conocimiento; el amor es su hijo, hijo tanto más digno cuanto más profundo es el conocimiento. Pues bien: puedo afirmar que amo a la verdad, yo que me esfuerzo por obtenerla de las formas. Los humanistas describen cuadros antiguos que nadie vió jamás, y yo hago cuadros que se ven y que hago nacer de mi razonamiento. Las obras antiguas son ejemplos: deben servir para la producción de otras nuevas. Si yo hubiese copiado — como suele

hacerse — los paños de las estatuas romanas, se me hubiera aplaudido por esa imitación. Pero los inventados por mí son los paños que se adaptan a mis propias imágenes. Quién ignora las matemáticas no puede comprenderme, pero esas son ciencias imitables: en breve tiempo el discípulo sabe tanto como el maestro. No sucede lo mismo con la pintura. La geometría reduce toda superficie al cuadrado y todo volumen al cubo; lo mismo hace la aritmética con las raíces cuadradas y cúbicas; pero la belleza de las líneas sólo se ve en la pintura y aquí el más aplicado de los discípulos no llega, a menudo, a igualar al maestro.

El artista puede asumir tal imperio sobre las almas, que hace amar una mujer pintada como si fuese una mujer viva. Yo mismo, cierta vez, ejecuté una pintura religiosa, de la que un hombre se enamoró; la compró, y quiso hacer desaparecer las señales de divinidad para poderla besar sin remordimientos. Hubo que sacar de su casa el cuadro. Esto revela sin duda un alma desordenada, pero ¡cuántos experimentan purísimo placer al contemplar una belleza, hija de nuestro arte! Si puede mi intento hablar como humanista, diría que la más noble pasión es la del que ama la imagen de la hermosura en lugar de la realidad carnal, y que nada hay más digno que hallar placer en la sola contemplación. No todo está en los libros; la descripción da únicamente una débil idea de las cosas, mientras el arte las muestra en su variedad: crea lo encantador como lo horrible. Es señor y dios de las formas. Bosque o desierto, nieve o estío, aparecen a su voluntad. El arte eleva montañas, abre valles y extiende playas a lo largo de las olas. Cuanto existe en el universo por esencia, presencia e imaginación, todo lo tiene el arte en su espíritu y en sus manos. Y sus manos son tan poderosas que crean la armonía por medio de las proporciones captadas en un vistazo.

Yo estudié magia para saber qué hay de real en esa presuntuosa investigación. Pero mi lápiz da órdenes a los espíritus mejor que la varita mágica, pues soy capaz de hacer salir un ángel de una hoja de papel. El pintor es el verdadero mago. Evoca a los espíritus, y los espíritus toman forma. Casi siempre los nigrománticos se entregan a las alucinaciones y a las grandes fatigas; corren peligro de ser quemados, y enloquecen.

Pretenden que los espíritus les hablan. ¿Cómo pueden hablar los espíritus, si no tienen boca ni medio alguno de hacer vibrar el aire? Del mismo modo que la pintura: hablando a la imaginación. En vano he pedido a esos insensatos que dibujaran sus visiones. Nada me mostraron. Ningún estudio — aún el de las cosas vanas — es inútil. He concebido el proyecto de hacer lo que la magia se propone sin lograrlo. He concentrado mi atención en el estudio de la imagen con que podrían representarse espíritus que hubiesen tomado cuerpo: me refiero a los espíritus buenos y nobles, porque en cuanto a los malos y estúpidos, basta salir a la calle para encontrarlos. ¿Qué es lo propio de un espíritu, sino la potencia espiritual? Y como el verdadero conocimiento no permite la maldad ni la familiaridad, requiere una expresión de dulzura y desdén. Mis figuras no son del todo celestes: el espectador las honraría sin amarlas; y sin embargo, tampoco son reales: no impresionarían el espíritu de los que sólo se conmueven ante lo raro y lo excéntrico.

Ya he hablado de la necesidad de mezclar los rasgos del adolescente y de la virgen para evitar esa especie de grosería que proviene del sexo, porque es un demérito para la obra el despertar la animalidad. Os aconsejo componer la expresión con la mirada (no digo "los ojos") de un sabio y la sonrisa de una coqueta; conciliando ambas cosas, asombraréis al espectador, que vencerá su pensamiento impuro mientras la gracia femenina lo seduzca. Nada hay más hermoso que la ciencia bajo los rasgos de la gracia, la austera guía del mundo con ojos seductores y boca deliciosa. Antes de mí se pintaron ángeles adorables, pero de un encanto absolutamente ingenuo y de rasgos infantiles. Yo les añadí la experiencia, resultado de las meditaciones profundas; desde entonces su adhesión al bien está basada en su conocimiento del mal. Aquel árbol — el único prohibido — del cual hablan las Escrituras, es el arte. Para atraer al hombre se requiere algo complejo. Frente a la Virgen, que es todo pureza, los ángeles no ignoran lo que combaten incesantemente; y como esos combates son espirituales, aplican su maravilloso entendimiento a ser más sutiles que el Maligno. En cuanto a maese Leonardo — no os ríais,

así llaman nuestros campesinos al diablo — no lo pintéis nunca. Con los rasgos que la devoción le atribuye, sería feo; representándolo de otro modo, disgustaríais a la Iglesia.

Nosotros, inventores de ficciones, debemos respetar a los antiguos y al sentir común, que no es tan inepto cuando atribuye formas animales a lo que procede del infierno y reserva la belleza para lo que viene del cielo. Un humanista no dejaría escapar esta ocasión de darnos su parecer como una verdad definitiva, apoyada en la cita de algún autor antiguo. ¿Acaso los comentadores no hallan en la Biblia cosas que se aplican a los güelfos y a los gibelinos, y no reconoce cada partido las señales del Anticristo en el jefe de la fracción contraria? Un dominico os dirá que San Juan de Patmos ha profetizado los actuales acontecimientos de Toscana. Yo no hago filosofía: pinto mis ideas por dentro y por fuera. El hombre piensa libremente, mas es incapaz de hablar del mismo modo. Por cada hombre que tiene verdades que decir, hay mil tontos que persiguen absurdas quimeras. La palabra de los sacerdotes es excelente: sus costumbres son malas. Observemos las leyes de nuestro arte y profundicemos sus misterios: la mayor perspicacia no los abotará. Lo humano es el dominio del hombre, pero algunos parecen más que humanos y otros menos. He admirado, con frecuencia, más alma en mis caballos que en las personas con quienes trataba. Tiene algo de irritante el ver gozar a los estúpidos de tanta salud física como los inteligentes. Es forzoso creer que ciertos ángeles y muchos animales se han transformado en hombres. No puedo contemplar sin despecho imágenes vulgares y grotescas que ofrecen todos los recursos de la línea y el color. La pintura sólo debiera servir para eternizar las concepciones más nobles del espíritu, pues refleja, como un espejo inclinado, por especial destino, el cielo, y pierde la nobleza al producir las mezquindades de la vida. ✕

La parte se esfuerza constantemente por unirse a su todo, para terminar así con su sufrimiento, que es su misma imperfección. Como el pájaro vuela hacia la luz, el hombre aspira a tornar a su punto de partida. Su continuo deseo tiende hacia la nueva primavera y el nuevo estío, y hacia nuevos meses y años nuevos; halla hartos lenta la llegada de las cosas que anhela, sin pensar que anhela así su propia muerte. Este mis-

terioso y fatídico afán es la quintaesencia, el espíritu de los elementos encerrados en el alma y que tienden sin cesar a huir del cuerpo y volver al que los formó. El arte aplaca, con sus obras, esa necesidad imperiosa, fuente de pasiones que sólo el espíritu purifica. En esta búsqueda el hombre se aleja del polo animal y se aproxima a la causa, que es por entero espiritual. El ojo del pintor, fácilmente hechizado por la naturaleza, arrastra a menudo su mano, sin autorización del cerebro; observa sin meditar y ejecuta sin reflexionar. Se me ha reprochado por decir que el pintor debe ser universal, y sin embargo en esto radica su dignidad. No hay espíritu tan tosco que no sea capaz — con tiempo y aplicación — de llegar a la perfección en un género como el paisaje, los animales, las flores o el retrato; pero se trata entonces de un artesano y no de un artista.

Cuando se comparan las artes entre sí, concédese a menudo preferencia a la escultura: lo cual es un error. La estatua no vale sino por la proporción y el movimiento. Mas la idea no se exterioriza sino por medio del claroscuro. La personalidad no se muestra más que en el semblante; las Venus parecen todas hijas del mismo estatuario: hermosas pero semejantes. No podemos nosotros sobrepasar esa belleza y difícilmente alcanzamos a igualarla; trabajemos siguiendo la dirección en que es posible sean distintas — lo más posible —, y no por las formas, que son limitadas, sino por la expresión, que constituye (no me cansaré de repetirlo) el dominio de lo infinito. Sólo que no debéis olvidar jamás que la ejecución ha de ser impecable, desde el momento que se abrigan intenciones espirituales. Una mano pesadamente dibujada bastaría para deshonorar la más noble composición. La perfección de los trazos da un carácter precioso y aumenta el significado de la obra.

No se encuentra en los artistas góticos, pero merece elogiarse su minuciosidad y aplicación. ¿Cómo conceder importancia a una obra en la que el artista, visiblemente, ha puesto escasa atención? Nunca dejéis aislarse un color de otro. En las figuras secundarias no hay que decuidar las líneas, pero se pueden alargar ligeramente las pinceladas. En pintura no hay autores antiguos: el primero es Giotto. Nada tenemos, pues, que copiar, y, sin embargo, se nos aconsejan siempre los modelos antiguos para un arte tan moderno. Por otra parte, la imitación no lleva

a nada. Para continuar el arte de los que nos precedieron, fuerza sería que nos asemejáramos a ellos en cuerpo y alma. Apenas comprendo las ideas de la generación que me ha precedido: ¿cómo podré entender las de los artistas lejanos a la vez en el espacio y en el tiempo? De la naturaleza tomemos las formas y de nuestra alma las almas. No de otro modo procedieron los antiguos. Lograron ellos expresarse: pues expresémonos nosotros. Pero además aprovechemos la experiencia, la cual nos advierte que en Atenas el triunfo del arte fué presentar a Júpiter y Palas; luego, el triunfo del arte en Milán será pintar a Jesús y la Virgen. La religión fué doquiera incomparable fuente de las artes y el gran pintor será siempre pintor religioso. Verdad tanto mayor cuanto que la otra fuente de inspiración — la mitología — fué también una religión que hemos dejado de entender y que interpretamos mal. Los antiguos, con sus vestiduras amplias y flotantes, tenían continua ocasión de ver cuerpos desnudos en movimiento; nosotros, en cambio, desvestimos por algunas horas una persona vulgar que lleva habitualmente el traje ordinario; y esto no basta para sobresalir en el desnudo. El hombre se representa las formas con tanta mayor intensidad cuanto menos las perciben sus ojos; las mujeres de nuestra época inspiran intensas pasiones, no obstante ir vestidas. ¿Despertaría su desnudez tan vivo deseo? Aun el que persigue la voluptuosidad nada pierde por las vestiduras: el placer será de orden más elevado. Una mujer desnuda corresponde más bien a la lujuria que al amor, y la campesina no despierta más que el instinto, en tanto que las Beatrices, con una sola sonrisa, agitan el alma. ¿Pensáis que el cuerpo más hermoso de Italia hubiese dejado en el espíritu de Dante el reflejo fecundo e inmortal de la que se le apareció resplandeciente, llena de nobleza y dulzura, y que con inefable cortesía lo saludó, por cierta mezcla de dignidad y benevolencia, impresionando a tal punto a Dante que creyó alcanzar entonces el más alto grado de bienaventuranza? Tened presente la *Vita nuova*, y dad a vuestras figuras esa inefable cortesía, esa mezcla de dignidad y benevolencia que causará siempre gran impresión. Pintad a las mujeres como a Beatriz. Mas os dije que las mujeres virtuosas resplandecían más que las impuras; así, el pintor de vida desordenada priva a su obra

de todo lo que sacrifica a la voluptuosidad. Pintores: sea la pintura vuestra sola amiga; sean las obras vuestros únicos hijos. La misma moneda no puede caer a la vez en el bolsillo del tabernero y en la mano del mendigo. Las pasiones devoran al hombre más que el trabajo, y lo devoran por completo.

Almas y espíritus deben nacer de nuestro corazón y de nuestro espíritu, para la vida ideal de la belleza. No habrá en vuestra obra más sensibilidad que la de vuestro propio cerebro. El artista se reproduce en sus obras, y así como un padre transmite, según esté sano o enfermo, una buena o mala constitución física a su hijo, infligiéndole la consecuencia de sus vicios o haciéndole aprovechar el fruto de su virtud, así también el artista transmite su moralidad o perversidad a sus creaciones. Luego, no es indiferente que un artista sea sabio y de buenas costumbres: virtud y sabiduría caracterizarán sus obras. Bueno es el sacramento, aún cuando se le reciba de un sacerdote indigno, pero no puede serlo el cuadro de un pintor ruín.

Nada prueba mejor la inmortalidad del alma que este anhelo de perfección, que inventó las artes para satisfacerse. Nuestro estudio, tan paciente, de la obra divina, exige más esfuerzo que el cantar maitines. Nuestros dedos no recorren las cuentas del rosario, pero hacen aparecer a la Virgen y tras ella a los santos; gracias a nuestros esfuerzos, Dios mismo se deja contemplar, ¡y éste sí que es milagro!

Los sacerdotes nos censuran porque en el día del Señor dibujamos la obra del Señor. Nos reprochan también el pintar asuntos profanos. ¡Imbéciles! ¿Qué significa "profano"? ¿Qué significa "sagrado"? La grandeza de Dios la veo yo en una conchilla, en una flor, en una hoja. Un rostro que sonríe, un cuerpo joven y hermoso que se mueve, ¿no manifiestan a la Providencia? ¿No habla Jesús de las flores del campo? Jesús halló grato sosiego junto a Marta y María, y dijo suaves palabras a la Súmeritana y a Magdalena. ¡Y no habríamos nosotros de poder pintar a estas santas, haciéndolas hermosas! Si Ester cautivó el corazón del rey Asuero, no fué sino por sus encantos. ¿No se podría acaso representar a Eva junto a Adán, en su esplendor de esposa primera? Leamos con libertad el di-

vino libro de los cuerpos y las almas, tal como lo escribió su autor, para gloria suya y regocijo nuestro.

Si se dice que la vista distrae al entendimiento de la sutil faena mental que lleva a los conocimientos divinos, y que un filósofo se hizo saltar los ojos para pensar mejor, yo contestaría que el ojo, señor de los sentidos, cumple con su obligación al oponerse al palabrerío de esos embusteros obtusos, gritones y gesticulantes, y que el filósofo que se cegó para razonar mejor, estaba loco. . . y su acción basta para probar la insensatez de sus razonamientos. Además, ¿no es el razonamiento origen de las peores locuras, de las heregías y los cismas? Los culpables de que la Iglesia se haya agitado tantas veces y tan inútilmente, fueron monjes, almas delirantes que desde el fondo de sus celdas soñaron doctrinas de desorden; y las costumbres serán siempre pervertidas por monjes y no por artistas. Nosotros, contempladores no de alucinaciones, sino de la obra divina, jamás pensamos en imponer novedades al mundo, sino en crear fábulas hermosas, puro deleite de los espíritus tranquilos. No, el arte no corrompe las costumbres. No son las mujeres pintadas en el lienzo quienes pierden a jóvenes y viejos, arruinan familias e incitan al robo y al crimen. Inmaculada sería la ciudad cuyas únicas cortesanas se hallasen entre las cuatro varillas del marco, y en donde el libertinaje naciera sólo de la contemplación de las obras. . . El artista es el mejor de los ciudadanos, pues su genio se torna benefactor de su raza y le comunica verdadero prestigio. El artista ennoblece los lugares en que trabajó, y, como un mago, transforma cuanto mira. Pero también es cierto que del gran conocimiento nace la grande humildad.

Mientras todos admiran la obra y la proclaman divina, el artista, insatisfecho, sufre: o bien ha advertido defectos, o descubre — demasiado tarde — bellezas que faltan. Haga cuanto haga, siempre concibe una perfección más absoluta. Acepta los elogios, frente a sí mismo se injuria y se encoleriza por su impotencia. Profundo drama el que se desarrolla en el espíritu del pintor enamorado de su arte, y que se esfuerza por realizar su más alto pensamiento.

Entre los trabajos que la leyenda atribuye a Hércules, el más prodigioso es aquel en que el héroe va a arrancar de la muerte

a Alcestes, la mujer de su amigo Admeto. No se trata ya de matar bandidos o vencer monstruos: Hércules luchará contra la Muerte misma. Así procede el artista con toda belleza que ve; la arranca de la nada, la salva de la muerte y la ofrece a la contemplación secular de los hombres. ¡Oh, tú, que duermes! ¿Qué es el sueño? ¿Cuánto se asemeja a la muerte! ¿Por qué no haces una obra que, después de tu muerte, continúe tu obra? Esta es la exhortación que dirijo a cuantos sean capaces de entenderla. Dios, por amor a su obra y piedad por nuestro desconsuelo, ha permitido al hombre crear imágenes que le sobrevivan. Nadie conoce al guerrero sino gracias al historiador. El pintor se defiende a sí mismo del olvido e igual servicio presta, ante la posteridad, a quienes le protegieron: el recuerdo, en lugar de borrarse, acrece su resplandor en el curso de los tiempos. El, que representó a los santos, se torna santo a su vez, y los fieles del arte se honran al estudiarlo.

No hay más noble destino que ése, ni gloria tan pura, porque no cuesta lágrimas ni sangre, como la gloria de los conquistadores.

SAR MERODACK J. PELADAN.